

Amadeo Benet Cardona

El fantasma del Teatro España

La sombra de una guerra sin fin



LETRAS DE AUTOR

© Amadeo Benet Cardona

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: octubre 2016

ISBN: 978-84-16760-87-9

Depósito Legal: M-36390-2016

P.V.P.: 19 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

A todos aquellos que, independientemente de sus ideologías y del bando en que militaron, han sufrido las penurias, represiones e injusticias ocasionadas por nuestra guerra civil.

Aunque este relato usa como telón de fondo ciertos acontecimientos históricos, es puramente novelado. Por ello debo decir que todos los personajes nombrados en el libro, la mayoría de los cuales enumero a continuación, son ficticios y sus historias personales, así como su parecido con cualquier persona real, es pura coincidencia.

PERSONAJES

Amalia Roselló: muchacha regente del bar del Teatro España

Ángel: guardia civil

Don Benito: sargento comandante de puesto

Don Pedro: párroco de la villa

Doña Antonia: madre de Miguel

Isabel: hija del comandante

José Juan: padre de Miguel

José Roselló: padre de Amalia

Juan López: cabo segundo de la guardia civil

Marianu: enterrador

Miguel Juan: sacristán de la parroquia

Sebastián Souza: terrateniente portugués

Tadeo: oficial del registro

PRÓLOGO

Las heridas infligidas por una guerra a los bienes materiales de un pueblo se restañan con el esfuerzo y el sudor de sus gentes. Los edificios caídos se levantan y los monumentos destruidos se cincelan de nuevo... Desgraciadamente, no puede decirse lo mismo de esas heridas infligidas en el alma de quienes perdieron a sus más cercanos familiares. Estas son heridas que necesitan generaciones para ser restañadas. Así sucede siempre en toda guerra y así sucedió en nuestra guerra civil. Las cicatrices de tales heridas permanecerán para siempre, pero solo dejarán de sangrar las de quienes, desprendiéndose del odio hacia sus antiguos antagonistas, lleguen a comprender que las culpas de sus pérdidas no son achacables a los soldados o a las banderas de uno u otro color, sino a los demonios de la incomprensión y la injusticia nacidos entre dos Españas que nunca deberían haberse enfrentado.

En nuestras islas, tales demonios crecieron exponencialmente durante los primeros meses de la contienda, cuando los cambios de bando se sucedían de la noche a la mañana, provocando que los héroes de un día pudieran al siguiente ser apuntados con el dedo y ajusticiados como traidores.

Fue aquel un tiempo en el que campó a sus anchas un enemigo peor si cabe que la misma guerra, capaz a la larga de acabar con la entereza del más valiente: la amenaza soterrada de aquellos seres traicioneros capaces de vender o asesinar a sangre fría a sus vecinos o amigos más cercanos por simples rencillas personales, mero afán de lucro o ansias de encumbramiento personal.

Sobre esta execrable calaña de asesinos y de un hombre que luchó por la paz y la concordia a lo largo de una guerra interminable, que todos perdimos, versa este relato.

I PARTE
LOS CRÍMENES

«Saca¹» en el Teatro España

Santa Eulalia, Ibiza, 13 de septiembre de 1936

Eran las nueve de la noche de un domingo de verano. Un domingo que los más ancianos de la isla recordarían en su lecho de muerte como el más aciago de sus vidas.

Según las confusas noticias llegadas de la Ibiza ciudad desde las tres de la tarde, hora en que se inició el intensivo ataque aéreo del ejército sublevado contra los puntos estratégicos defendidos por las fuerzas republicanas, un considerable número de bombas había caído sobre el centro de la zona portuaria de la capital, donde se concentraba el grueso de la población civil. Ello había provocado decenas de muertes inocentes que más tarde se censarían en medio centenar; un número muy abultado de víctimas si se tiene en cuenta la limitada población de la capital de aquellos tiempos.

Siendo que desde el principio de la contienda, Ibiza se había erigido en territorio Nacional, y que por ello el ataque aéreo tenía por objeto la recuperación de la isla, aquellas bajas civiles fueron calificadas de «efecto colateral causado por “fuego amigo”». Ese sería al menos el eufemismo con que las autoridades militares franquistas bautizarían aquella carnicería. Otra cosa era como la calificarían las familias de las víctimas y la repercusión social y política que sus pérdidas tendrían en el sentir popular de tiempos venideros.

¹ Sacas o paseillos: visitas de grupos extremistas a las viviendas de sus opositores que solían acabar con fusilamientos ilegales.

Aunque ahora, a las nueve de la noche, el ataque parecía haber remitido, la mayoría de los habitantes de Santa Eulalia, la pequeña localidad de la isla denominada la Villa de Río, situada a apenas quince kilómetros de la capital, se hallaban confinados en sus casas rogando al Altísimo para que el infierno allí desatado no decidiera salvar aquella corta distancia para escupir su demoníaco fuego sobre sus cabezas. Había sido una tarde de horror inimaginable cuya amenaza continuaba latente en la mortaja de sangre que aún teñía la incipiente noche del cielo occidental; mas, pese a esa amenaza, un pequeño grupo de vecinos se hallaba congregado frente a la austera fachada del Teatro España, donde, con más o menos puntualidad, cada domingo solía representarse la película de las nueve treinta. La película anunciada esta noche era el último éxito llegado de Hollywood, más, pese a la atractiva programación, aquellas personas no se hallaban allí reunidas con la intención de disfrutar de la magia del celuloide. No, la verdadera razón de tal reunión perseguía un objetivo tan loable como estéril: el de manifestarse a favor de la paz.

Tan solo una semana antes, el domingo anterior, aquel puñado de bravos idealistas veía la guerra como algo lejano dirimido en las grandes capitales; algo en lo que ellos, por ser civiles y morar en un pueblo pequeño de escasa importancia estratégica, no se verían involucrados. Fue entonces cuando un suceso puntual había venido a demostrarles que la guerra era algo muy cercano, que afectaba a todos y de lo que no había lugar donde esconderse.

Tal suceso, el acontecimiento que había puesto al descubierto esta cruda realidad, había acontecido en el mismo Teatro España, cuando, justo antes del descanso de la media parte, un grupo de extremistas republicanos irrumpió en el patio de butacas espantando y dispersando el aforo a base de destrozarse el mobiliario y de arrancar a tiros fragmentos de escayola al techo del sufrido local. Tras tal vandálico proceder, los intrusos accedieron al cuarto de proyecciones, situado en un pequeño garito de la segunda planta, sorprendiendo al maquinista y a su hijo adolescente, quienes ensordecidos por el fragor de

la batalla librada entre soldados y comanches de la película en proyección no se percataron del asalto republicano hasta verse rodando escaleras abajo perseguidos a golpes mientras sus agresores les acusaban a voz de cuello de sedición por colaborar en la difusión de espectáculos de calado *fascistoide*.

—Si solo se trataba de una del Oeste —consiguió articular el espantado maquinista cuando, tambaleante, consiguió ponerse en pie—, además, mi hijo... —No pudo terminar la frase, pues un certero culatazo se le llevó por delante un par de dientes y le obligó a cerrar la boca.

—¿Una película del Oeste, pedazo de mierda? ¡Una puta propaganda protagonizada por *Jon Vaine*², uno de esos cabrones yanquis fascistas que apoyan la sublevación nacional de los traidores a la república! —gritó el agresor con saña. Y acto seguido, a golpes y patadas, padre e hijo fueron obligados a subir a una furgoneta militar.

Desde entonces nadie había vuelto a verles.

Teniendo en cuenta el afán de venganza que el bombardeo de esa tarde pudiera haber causado a cuantos extremistas republicanos se hallaran en la isla, ¿quién se habría atrevido a sustituir este domingo, tan solo siete después, a los técnicos caídos en desgracia? Ni siquiera don Pedro, el cura, el único hombre de la villa capaz de reemplazar a los desaparecidos maquinistas en el arte de pegar y recortar celuloide, y quien esa misma mañana había tenido la valentía de condenar desde el púlpito el cobarde secuestro, hubiera osado cometer tamaña estupidez. Pero aunque así hubiera sido, y el propio don Pedro hubiera abierto de par en par las puertas del cine-teatro, proclamado que la entrada era gratis y que con la película de indios y vaqueros programada iba de regalo una de Tarzán y la mona Chita, pocos o ninguno de los integrantes de la pacífica manifestación hubieran entrado en la sala. Y no por falta de valor. No. Los ibicencos eran una etnia brava donde la hubiera, descendiente de aquellos audaces honderos que participaron en las Guerras Púnicas, de los aguerridos corsarios

² Típica pronunciación a la española de John Wayne.

que lucharon por cuenta de la corona o bien de tantos y tantos declarados piratas que faenaron por su propia cuenta y riesgo. Gentes que hoy, pese a haber trocado las armas por arados y artes de pesca, eran aún capaces si se terciaba de defender la vida de sus familias a pedradas y garrotazos. Pero esa indudable bravura no significaba que fueran unos estúpidos dispuestos a jugarse la vida por ideas que, al menos en su gran mayoría, no sabían de donde les iban ni venían. Es decir, una cosa era sacar pecho en nombre de la paz en un espacio abierto, donde a la más mínima señal de amenaza podían poner los pies en polvorosa, y la otra lanzarse de cabeza en la boca del lobo en un espacio cerrado el cual, vete a saber, a lo peor era una trampa perfectamente urdida por los mismos extremistas que el domingo anterior habían puesto el teatro patas arriba, y que ahora acechaban en la sombra con el fin de vengar el tremendo descalabro que sus tropas acababan de sufrir en la capital de la isla.

Ante tales perspectivas, cuando al despuntar las diez de la noche las amenazadoras luces y estampidos procedentes de occidente se habían extinguido totalmente, los aguerridos manifestantes se fueron retirando satisfechos de sí mismos por el pundonor demostrado y a la vez aliviados por no haber sufrido en sus carnes un nuevo mordisco del odio enemigo. Entonces aún ignoraban que hacía menos de una hora, antes de aprestarse a huir de la isla tal como las ratas huyen del naufragio, un Herodes con galones de sargento había ordenado a sus secuaces la matanza de los prisioneros encarcelados en los calabozos del castillo de Ibiza ciudad. Prisioneros entre los cuales se encontraban el especialista de proyección y su hijo adolescente que hacía una semana habían sido apresados por el simple delito de proyectar una película de indios y vaqueros.

De esa guisa, aquella noche, no dos, sino casi un centenar de inocentes pagarían con su vida la fatal represión engendrada por la guerra.

Cuando al día siguiente la noticia de aquella execrable matanza, a la que se ha venido en denominar *La masacre del Castillo*, se hizo

pública, incluso los más osados de cuantos habían rendido culto a la paz frente al teatro de la villa comprendieron que la noche anterior no habían asistido a una mera protesta en contra de las injusticias de la guerra, sino al sepelio de una paz que había muerto definitivamente.

La masacre del Castillo

Situado en la cumbre de Es Puig de Vila, el castillo de Ibiza formaba y forma parte de la ciudad amurallada de la capital. Su ubicación estratégica en el centro del cabo que domina la bocana portuaria por el Este y el mar abierto por el Sur lo convierte en un enclave prácticamente inexpugnable. En aquella fortaleza, habían establecido su cuartel general los milicianos de la Columna Balear del capitán Alberto Bayo, cuando el ocho de agosto, ayudados por las tropas regulares procedentes de Valencia, comandadas por el capitán de la Guardia Civil Miguel Uribarri, habían tomado la isla. El contingente humano de las fuerzas republicanas era en aquellos momentos abrumador, pero tenía su propio talón de Aquiles en la inconsistencia de sus cadenas de mando. Las fuerzas regulares de Uribarri formaban un bloque más ordenado, pero las diversas formaciones milicianas mandadas por Bayo, a las que se habían unido grupúsculos de anarquistas y otras pequeñas facciones extremistas, adolecían de una palpable falta de unidad.

Tal falta de unidad se veía reflejada por la disparidad de los uniformes e insignias que, de no ser por algún pequeño distintivo procedente de su región de origen, apenas se distinguían de las fuerzas del propio Caudillo.

Durante los primeros días del mes que ocuparon la isla, la confusión de mandos e identidades entre las tropas republicanas era tal, que estas, a fin de proclamar su toma de posesión del Castillo, hubieron de recurrir a desplegar una señora valenciana cedida por

el Partit Valencianista d'Esquerra. Una bandera que, apenas remitió el bombardeo de la Aviación Nacional en aquella noche del 13 de septiembre de 1936 (fecha en adelante abreviada como 13-S), fue testigo del masivo asesinato acontecido en las mazmorras de la fortificación.

Pese a la gravedad de tales hechos y al impacto que estos produjeron, ni esta bandera ni persona de quién se tenga testimonio fidedigno pudo jamás precisar quiénes fueron los autores de la bárbara masacre. La mayoría de los cronistas acusan a «un grupo descontrolado de milicianos». Otros achacan la autoría a los anarquistas, quienes únicamente, y aún a regañadientes, obedecían órdenes de los jefes de su propia camarilla.

Lo único que con toda seguridad afirman los anales de la historia es que en esa tenebrosa noche casi un centenar de cautivos encerrados en las prisiones del Castillo, la mayoría de ellos paisanos sin ninguna orientación política o militar, fueron pasados por las armas a sangre fría. Los detalles de cómo sucedió el sangriento episodio, así como los nombres de los asesinos, es algo que seguramente permanecerá para siempre en el anonimato. Dado este hueco de información, a partir de aquí, cesa la Historia y comienza la leyenda.

Puestos a la tarea de fabular, no es necesario poseer una inventiva excepcional para imaginar que, cuando el fragor de las explosiones de las bombas y el traqueteo de las ametralladoras antiaéreas protagonistas de la defensa roja contra el bombardeo Nacional cesó de repente y se produjo un largo *impasse* de profundo silencio, los presos de todas y cada una de las mazmorras del Castillo permanecieron durante un largo minuto mirándose unos a otros con el terror reflejado en los ojos. Aquel silencio premonitorio, solo alterado por el eco de sus propios susurros contra los muros de sus encierros, se anunciaba infinitamente más amenazador que el estruendoso fragor de la batalla librada sobre sus cabezas unos segundos antes.

Las más negras sospechas de los condenados fueron pronto confirmadas cuando el silencioso clamor reinante en el pasillo de sus calabozos fue súbitamente interrumpido por el taconeo de botas de campaña; un rítmico y apagado rumor que al detenerse frente a la primera de las celdas fue seguido por un segundo de silencio absoluto. Un silencio roto un instante después por otros sonidos escalofriantes: los cerrojazos de carga de los mosquetones, la amortiguada percusión de los cargadores al ser introducidos en los fusiles CETME, el chirrido de las herrumbrosas bisagras al girar sobre sus goznes... Y, finalmente, cuando el estrépito de las armas retumbó a lo largo del pétreo corredor, los encarcelados en el resto de las celdas supieron con desoladora seguridad que la muerte se les acercaba irremisiblemente, calzada con botas militares y vestida con un sudario de pólvora quemada.

José, el maquinista del cinematógrafo y su hijo Miguel se hallaban junto a otros diez prisioneros confinados en la última celda del pasillo. José Juan había sido un padre tardío y a sus cincuenta y cinco años el dolor que le causaba saber que su hijo abandonaría este mundo con apenas quince años de edad se le hacía insoportable. No era justo, mas, pese al acelerado esfuerzo de sus sesos, no entreveía solución alguna frente a la amenaza de muerte que inexorablemente se les aproximaba.

El hombre miró a su vástago, y, sorprendido ante la serenidad que emanaba de los ojos del muchacho, únicamente se le ocurrió decir:

—No temas, hijo, tu padre te sacará de esta.

El muchacho lo miró esbozando una esperanzada sonrisa. Su padre jamás le había fallado, ni nunca, nunca, había dejado de cumplir una promesa.

Al ver la confiada sonrisa de su hijo, José supo que en esta ocasión, menos que nunca, podía dejar de cumplir su promesa. Tenía que sacar a su vástago de allí aunque para ello tuviera que obrar un milagro. Su mente voló hurgando en sus recuerdos subconscientes con la celeridad propia de la mente de todo condenado. Durante más de tres

décadas, desde los inicios del cinematógrafo, se había entretenido en visualizar cuantas películas pasaron por sus manos y conocía los mil y un ardid inventados por los guionistas para planear las más inverosímiles fugas en los más inverosímiles escenarios. Pero aquella mazmorra y aquella situación no se parecían en nada a ninguna de las escenas que hubiera visto reproducidas por la magia del cine.

Y mientras tanto, el pelotón de ejecución se hallaba a tan solo un calabozo de distancia. Entonces José pudo ver cómo los demás prisioneros de su encierro retrocedían hasta chocar de espaldas contra el muro del fondo, como si la exigua distancia extra de apenas cuatro brazas alcanzadas con aquella inútil retirada pudiera bastarles para impedir la llegada de las balas.

Un segundo más tarde, a un par de celdas de distancia, dos disparos de pistola en perfecta sucesión acallaron los lamentos de un moribundo. Uno de los compañeros de infortunio de José relajó sus esfínteres y de la pernera de otro surgió con toda nitidez un riachuelo de orina. Todos tenían claro el significado de aquellos disparos; tras el escuadrón de la muerte, un oficial iba rematando a los heridos. Y entonces, al oír los rítmicos pasos de ese oficial adentrarse en la siguiente celda y la recarga de las armas del pelotón ejecutor acercarse a la puerta donde él y su hijo se encontraban, el desesperado padre ya no pudo pensar más. Totalmente rendido, alzó los ojos al cielo en busca del Altísimo y... en aquel mismo momento vio una posible vía de escape. Rápidamente susurró unas palabras al oído de su hijo, quien, luego de un leve titubeo, se encaramó sobre sus hombros y extendió los brazos hacia arriba...

Al abrir la puerta del último calabozo, los soldados vieron ante sí a un hombre alto y delgado mirándoles desafiante, como si con su actitud pretendiera defender a los demás prisioneros arracimados suplicantes contra el paredón del fondo.

Los soldados alzaron las armas y abrieron fuego.

Instintivamente, en el último instante, José se ladeó intentando protegerse, pero un par de proyectiles le destrozaron el húmero, le

atravesaron las costillas y penetraron en el pulmón izquierdo, alojándose a pocos centímetros de su corazón. Herido de muerte, dobló las rodillas y, lentamente, cayó de costado a dos metros del umbral de la puerta mientras las armas asesinas continuaban escupiendo fuego sobre su cuerpo inerte.

Después de acribillar al resto de los prisioneros, los ejecutores echaron un rápido vistazo a las cuatro esquinas de la ensangrentada celda y, ya seguros de que no quedaba nadie por despachurrar, retrocedieron, dejando atrás el sangrante cuerpo de don José. Uno de los soldados, viendo que el hombre aún se movía, bajó el cañón del mosquetón y le apuntó a la cabeza, pero uno de sus compinches lo detuvo.

—Déjasele al sargento. Dale el gusto, seguramente será el último puto fascista que tenga el gusto de despachar en esta condenada isla. Esta noche evacuamos —dijo escupiendo al moribundo.

Apenas se habían alejado unos pasos en dirección a la salida, la sombra del aludido suboficial osciló lúgubrementemente bajo la incierta luz de la tenue bombilla de veinte vatios que a duras penas espantaba las tinieblas del tétrico escenario.

—Veamos si resta alguna rata por apuntillar —dijo sonriendo sarcónicamente. Arrastraba las palabras como si llevara dos copas de más, cosa que era bien cierta. Un simple vistazo a la quietud de los cuerpos le dijo que aquellos mamarrachos ya debían estar cantando el *Cara al Sol* junto al demonio. Mas, puesto que en aquella celda se hallaba encerrado un hombre que bajo ningún concepto debía sobrevivir, quería cerciorarse de ello personalmente. Pero lo primero era lo primero, no le gustaba dejar a nadie tras él que pudiera sorprenderle por la espalda, por ello, antes de proseguir, se arrodilló junto al cuerpo del caído bajo el umbral de la puerta y le puso un dedo en el cuello.

—Bueno, este casi tiene pasaporte al infierno, pero falta estamparle el sello de visado —sentenció en voz alta, mientras levantaba la pistola. Y entonces sintió como si el techo se desplomara sobre su espalda.

Miguel, hasta este momento sujeto por sus fuertes dedos a una irregular viga del techo, impactó de pies sobre la espalda del matarife. Se

oyó un fuerte crujido y la pistola de este cayó al suelo. Creyendo haber quebrado el espinazo de su oponente, el muchacho cometió el error de darle la espalda y acudir en ayuda de su padre. Entonces un par de garras de acero le aprisionaron el cogote. En un santiamén, el fornido sargento le tumbó de cara al suelo y lo inmovilizó bajo su pesado corpachón.

A los pocos segundos, el jovenzuelo comprendió que el sacrificio de su padre había sido baldío. Incapaz de liberarse de aquella presa de hierro, se estaba quedando sin aire y un fuerte zumbido silbaba en sus oídos. En unos instantes se desvanecería, y entonces...

—Suelta a mi hijo..., cabrón malnacido...

Miguel nunca había oído proferir palabras soeces a su padre, pero ahora le sonaron a avemaría monacal. El sargento ejecutor levantó el rostro y se encontró mirando el ánima del cañón de su Astra 400. Cuando abrió la boca para proferir una maldición el cañón le penetró hasta golpearle el paladar. Un instante después sus sesos y parte de su rostro volaban por los aires.

Después de quitarse de encima el cadáver del grueso militar, Miguel miró a su padre, de cuya flácida mano se deslizaba el arma.

—Padre...

—No pierdas... el... tiempo conmigo, estos malnacidos pueden volver... Rápido, ponte las ropas de este cabrón, coge la pistola y vete.

—Pero...

—¡Haz lo que te... digo! ¡Obedece a tu padre! Pero no vuelvas a casa inmediatamente, es peligroso. Ve en busca de don Pedro, el párroco del pueblo. Él sabrá..., él sabrá que... que hacer.

Con la duda royéndole el alma, el joven se detuvo unos instantes a calibrar las alternativas.

—Obedece a... tu padre..., vete —consiguió ordenar don José Juan con un susurro.

Finalmente, muy a su pesar, Miguel cumplió las órdenes de su progenitor.